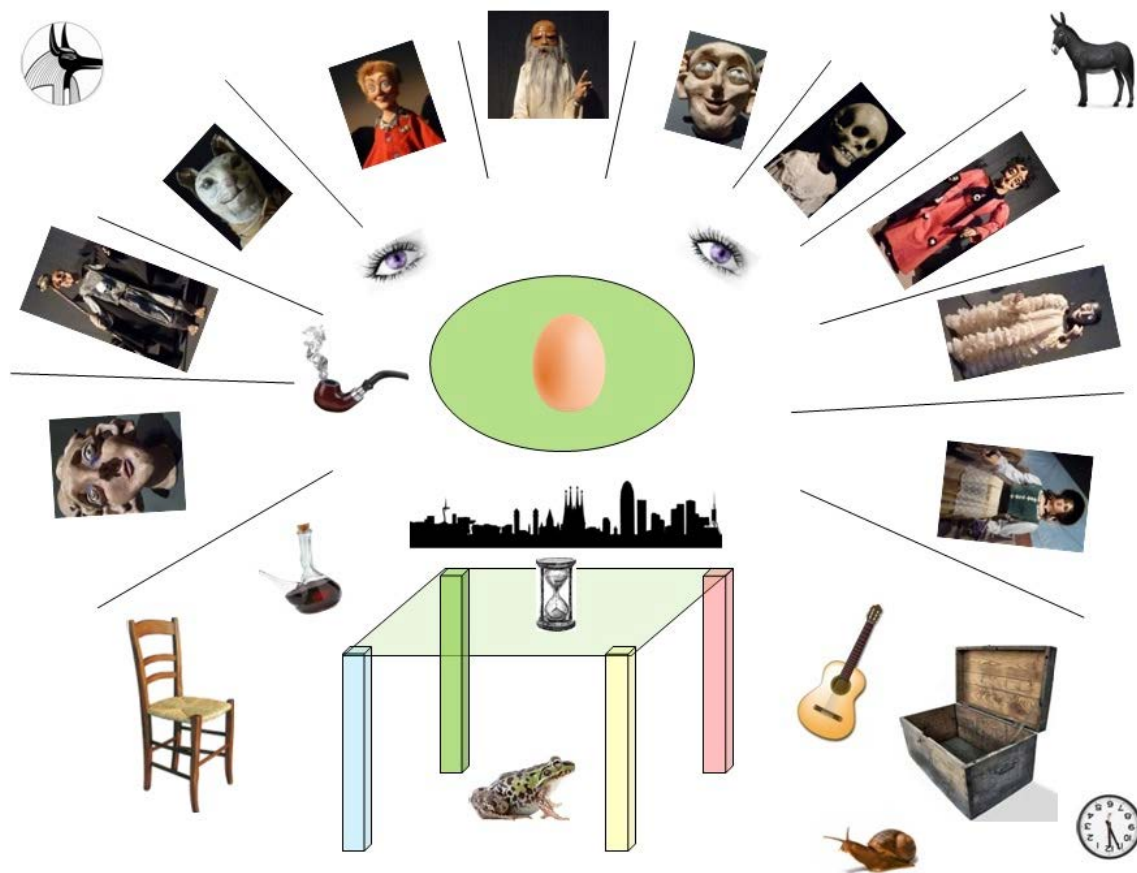


El Titiritero, el Huevo, Barcelona y la Extravagancia

© Toni Rumbau

1era Parte: El Huevo



Índice de capítulos

1era parte: El Huevo.

- 1- [Manuel](#)
- 2- [El Tiempo](#)
- 3- [El huevo](#)
- 4- [El agujero](#)
- 5- [El origen de los orígenes](#)
- 6- [La Gran Huída](#)
- 7- [Sam](#)
- 8- [Kalim y Kilam](#)
- 9- [El titiritero a la fuerza](#)
- 10- [La función de títeres](#)
- 11- [El Cíclope](#)
- 12- [El Secreto del Gran Vivo](#)
- 13- [El Aposento](#)

I Parte: el Huevo.

1

Manuel

El taller era su casa, las marionetas su familia. Se llamaba Manuel y fue famoso titiritero hasta que murió Eva, su mujer. Se apartó entonces del mundo, e inició su carrera de artista solitario.

Desde entonces, salieron de sus manos, año tras año, espectáculos refinados y desconcertantes. Más que explicar historias, explicaban personajes. Y así, poco a poco, su taller se convirtió en museo y teatro.

Desconcertó la serie de los Pericos, este héroe de los *putxinel·lis* catalanes, hoy prácticamente desaparecido, y que él había trasladado a la marioneta de hilo. Le fascinaba que hubiera sido una figura desdibujada por las múltiples caras talladas por los maestros. Admiraba la libertad de la tradición catalana, que permitía a cada titiritero inventar sus propios héroes, la mayoría con el nombre de Perico, que no siempre eran héroes, sino simples protagonistas de sus historias¹.

Estaba el Perico Miel y Pote, el Perico de la Nariz Rota, el Perico de la Barbilla de Cabrón, el Perico del Medio Vaso Vacío y el Perico del Medio Vaso Lleno, el Perico Partido por la Mitad, el Perico Soñador, el Tranquil Perico, que procedía de una vieja estirpe de personajes que llevaban el nombre de Tranquil, o el Perico del Cohete en el Culo, clásico personaje del tipo culo de mal asiento, el Perico Perico, redundancia que infundía un fuerte carácter al personaje, el Perico Tarzán, que vivía en la selva con la mona Chita, el Perico de Can Raspall, una masía de las montañas del Montseny de reconocida antigüedad, o el Perico del Patio del Hospital, médico chapucero y enterrador de muertos².

¹ En la tradición catalana de los títeres populares, el héroe protagonista no fue Don Cristóbal Polichinela como en el resto de España, sino que tuvo varios nombres según decidía cada maestro titiritero. Se conocen los nombres de Titella (también usado como denominación genérica de los títeres), Perico, Tranquil, Tit, siendo el más usado y el que ha llegado vivo a la actualidad Perico. Don Cristóbal derivó en el personaje secundario de Tòfol, rico y tontorrón, rival en el amor de Perico.

² Esta multiplicación de Pericos creados por Manuel es algo que se sale completamente de la Tradición, una particularidad titiritera de nuestro personaje, fruto de una pulsión inexplicable que sin embargo ha resultado ser determinante para el desarrollo posterior de esta historia. Quizás se explica por el traslado del personaje de Perico, siempre tratado como títeres de guante, al mundo de la marioneta de hilo, más dado al desdoblamiento.

Otros personajes eran Perot Delcamp y Gat i Llepa, bandoleros del Garraf donde ejercían sus labores arraigados al terreno, el Capitán Cazalla, un pirata de la Isla de las Tortugas, la Celestina del Ampurdán y Diosnosayude, dos personajes de Palafrugell. Tenía una especial debilidad por la Bruja de la Fuente de la Eterna Juventud, de cara goyesca y dos agujeros en los ojos, o por Roc i Guinardó, un fantasma de Barcelona que habitaba en el barrio que lleva su nombre.

Nacían sin historia, pues decía Manuel que cada uno la llevaba en su cara y en su nombre. Y habría que añadir en sus vestidos, por el cuidado que les ponía. A medida que nacían, colgaba sus marionetas en los ganchos, cuerdas y poleas del Aposento, el sanctasanctórum del titiritero, allí donde Manuel escondía sus tesoros. No todo el mundo podía entrar. Sólo los amigos y discípulos más íntimos. A pesar de los intentos de algunos museos de la ciudad, que le pedían piezas para sus colecciones, las marionetas nunca salían del Aposento.

De los personajes de la tradición, mantenía a raya a la Muerte, no porque le asustara, sino porque la conocía demasiado, decía él, y por eso marcaba distancias con la Pálida Señora, a diferencia de la mayoría de los titiriteros, que la usan como Dama de exhibición. Esto no quiere decir que no tuviera ninguna, ya que es casi imposible que un titiritero, especialmente en Barcelona, no tenga en su compañía a la figura del Esqueleto. Su Señora iba muy bien vestida y era como dios manda, inquietante y terrorífica. Parecía que la verdadera hubiera posado ante Manuel para ser copiada. Colgaba en un rincón del Aposento, vestida con elegantes capas y mantillas negras. La trataba con el respeto que merecía, como a una vieja amiga a la que se le pone piso y se le paga una pensión, con la esperanza de que se sienta satisfecha y te deje en paz.

Había un lugar especial en el Aposento donde habitaban dos títeres de guante que había comprado en los Encantes de la ciudad. Residían en una urna de cristal, de esas que los curas usan para guardar imágenes y reliquias. Los había llamado Kalim y Kilam, convencido de que tales eran sus nombres reales. Pero la verdad es que no sabía nada de ellos, ni a quién habían pertenecido. Sorprendían sus ojos, de mirada viva e inquietante. Entendía que uno de ellos era del sexo masculino y el otro femenino, aunque tanto podían serlo uno como el otro.

Kalim y Kilam, Kilam y Kalim... Llevaban vestidos viejos y gastados, con intrigantes manchas en los bordes de sus almas, quizás de sudor o de sangre, pensaba, como si los hubieran cosido a los brazos del manipulador.

.

2

El Tiempo.

Los años pasaron y Manuel se encontró instalado en los sesenta. Le extrañaba la lentitud del tiempo, que pasaba en cuentagotas, como si el taller fuera un espacio protegido de las prisas. Cuando le hablaban sobre la rapidez con que pasan los días, sabía perfectamente que a él, el tiempo, le pasaba despacio. Quizás porque construir una marioneta costaba una eternidad, corta según el tiempo de afuera pero larga para él, obligado a estirar los minutos y las horas para cada muñeco.

Esta sensación del tiempo que pasaba despacio se hizo tan intensa, que decidió averiguar la verdad. ¿Era realmente así? ¿Hacía trampa al tiempo o era el tiempo quien le hacía trampa?

Decidido a aclarar el misterio, se encerró en el Aposento una semana entera, a un régimen de pan y agua. Se obligó a percibir el paso del tiempo, algo que no le era ajeno. Se sentía dando vueltas sobre sí mismo, encerrado en el Aposento y rodeado de todas las criaturas que había creado, como si para percibir al tiempo tuviera que convertirse en tiempo, rotando del mismo modo que rotan los astros, las partículas y todo lo que goza de tiempo propio.

Una semana que acabó. Cuando abrió los ojos, después de permanecer los últimos días en un estado de ensueño y de sopor, se los tuvo que frotar un par de veces antes de comprender lo que tenía enfrente.

Un huevo.

El huevo.

¡Un huevo! ¿Qué hacía allí en el suelo del Aposento? ¿Quién lo había puesto? Y no era un huevo de gallina, de pato o de cocodrilo, no, ¡era un huevo que medía entre cinco o seis palmos!

"Yo no me he movido de aquí, llevo en el taller encerrado días, en compañía únicamente de mis títeres y de la pipa, dando vueltas y viendo como el tiempo pasa. Nadie ha entrado en el Aposento, ni yo he salido de él, pero alguien ha puesto un huevo".

Pensó que tantos días sin comer, fumando de vez en cuando y sólo con pan y el cántaro de agua, le habían jugado una mala pasada.

De repente le asaltó un apetito enorme, un hambre como hacía tiempo que no tenía. Al acto se puso la americana, se armó de un paquete de tabaco y salió volando del taller. Hacía un día precioso y la euforia que le había producido el hambre lo disparó al pequeño restaurante de la esquina.

Pidió tres platos, se acompañó de tres vasos de vino, despachó una ración generosa de entrecot con patatas fritas, y lo remató todo con un par de copitas de aguardiente. Al terminar, encendió la pipa y se relajó.

Bueno, seguro que lo he soñado.

Dio una vuelta por la playa. Cuando no veía las cosas claras, lo resolvía con Matilde, su pipa predilecta, o paseaba por la playa. O las dos cosas a la vez.

Al cabo de dos horas volvía a estar frente a la puerta del taller. Entró, atravesó la sala grande donde un bosque de marionetas colgaba con sus fundas, y se detuvo ante el Aposento. Respiró hondo, abrió y entró. El huevo seguía allí.

Este diablo de huevo, ¿de donde ha salido? Alguien lo tiene que haber puesto. Pero yo no he sido.

Las marionetas lo miraban de reojo, como siempre hacían, por otra parte, a merced del azar de cómo colgaban del techo.

El huevo... Se acercó. No era un huevo cualquiera. Medía alrededor de un metro de largo y de diámetro tenía también su altura. Puso la oreja y escuchó un murmullo en el interior. ¡Absurdo! Se apartó y lo miró con distancia. Era blanco pero con una cierta pigmentación parduzca.

Acercó la mano y lo tocó. Pasó los dedos y notó su textura lisa de una rugosidad milimétrica.

Se sentó de nuevo y encendió la pipa.

"Este huevo lo ha puesto alguien".

Miró de reojo a sus Pericos. Esos personajes, a pesar de los hilos que les había puesto, eran los más cercanos a Pulcinella, el títere tradicional napolitano, que nace de un huevo puesto por él mismo, según cuenta la tradición. De joven había representado infinidad de veces aquel número clásico, uno de los más divertidos de sus polichinelas, pero los Pericos no decían nada, como es lógico.

¿Qué hacía allí ese huevo? Sabía que no había respuesta y que no le quedaba más remedio que aguantarse y esperar. Si había alguna explicación, acabaría llegando por sí misma.

Podría permanecer encerrado en el taller tantos días como quisiera. Era agosto y nadie vendría a importunarlo.

Transcurrió una semana. Nada cambió, pero el huevo había crecido, por lo menos dos palmos. Se levantó trastornado, buscó el metro y midió el huevo. Hizo marcas en el suelo para poder comparar.

Volvió a salir, paseó por la playa todos los días durante la semana siguiente.

¡El huevo había alcanzado metro y medio! Pensó que si seguía creciendo, no podría sacarlo del Aposento. Los pies de algunas marionetas ya lo alcanzaban. El rumor que salía del interior también crecía.

"¡Caramba! ¿Me estaré volviendo loco?"

A las tres semanas, se decidió. Ante todo, él era un animal de taller. Cogió el martillo y un cincel. Se acercó con las herramientas en la mano. Las levantó y apuntó al centro para darle el golpe definitivo.

Levantó el martillo y... no podía. Quería pero la mano no le obedecía. Se veía totalmente impedido de romper el huevo. Algo no funcionaba.

No había manera, por mucho que lo intentara, no conseguía levantar el brazo y empujar la mano para dar el fatídico golpe de martillo.

Encendió la pipa. Quizás Matilde le explicara la razón de aquel atasco de su voluntad. No contestó, pero le dio la distancia que buscaba.

Allí se encontraba, en medio del Aposento rodeado de todas aquellas personitas que lo contemplaban. De repente, se vio desde afuera, como si se hubiera puesto en los ojos de cristal del Aedo, una de sus más viejas marionetas, un personaje que representaba a un poeta anciano con el que solía dialogar en silencio. Había participado en muchos de sus espectáculos, con una función de narrador épico y distante. Desde los ojos de la marioneta, se vio con la pipa en los labios, paralizado por alguna extraña razón, y el hecho de verse a sí mismo ante un huevo aparecido de la nada desde la mirada irónica del Aedo, le pareció tan absurdo y cómico a la vez, que se echó a reír. Una risa loca lo poseyó como uno de esos ataques histéricos que a veces afectan a las personas, que se ponen a reír sin ton ni son y sin saber porqué, y levantando el brazo con toda la fuerza, dio con el martillo al huevo, que se rompió en mil pedazos con un barullo endiablado.

El agujero.

Lo había hecho, había machacado el huevo, pero sus ojos no veían nada. Con el golpe, había roto la pureza redonda de aquel artefacto caído de quien sabe dónde o puesto por quién sabe quién, y en su lugar vio una especie de niebla que emergía del vacío, del agujero en el aire que había dejado el huevo al romperse, unos vapores de color indefinido, entre el azul oscuro, el negro y el rojo, que iba llenando el espacio del Aposento. Era una niebla de pigmentos iridiscentes que salía de aquel agujero invisible y que picaba los ojos, los oídos y la piel, que parecía hecho de una textura de luz difusa, de las que sabemos que no vienen de ninguna bombilla ni del sol ni de la luna, ni tampoco de una composición química determinada, sino que nos lo imaginamos como un resplandor casi corpóreo que procede de un fuego lejano, tal vez de las estrellas, que es como solemos calificar la luz cuando no sabemos de dónde viene.

Entonces lo vio. El Aedo, desde cuyos ojos se había contemplado hacía un rato, subía por sus propios hilos y llegaba al mando que colgaba del techo. Despegaba los hilos de la madera donde estaban atados, desenredándolos uno a uno. Con la ayuda de las otras marionetas, fue bajando hasta saltar a tierra. Se plantó delante de Manuel, levantó una mano y dijo:

- Hola.

Permaneció Manuel sentado en su silla con Matilde apagada en los labios, tras apurarla hasta las últimas caladas. Atónito y callado como una tumba, contempló como todas las marionetas del Aposento se ponían en movimiento, con una lentitud exasperante al principio, luego con más brío, como si se fueran cargando de una energía que él sólo podía asociar a la luz oscura que había salido del agujero del huevo y que llenaba el aire de la habitación.

También él se sentía en un mundo extraño, como si aquel vapor lo hubiera traspasado hasta el tuétano, cargándolo de una energía desconocida, que tuvo la virtud de hacer soportable el pánico, eso sí, como si él fuera una marioneta más poseída por aquella curiosa vitalidad que animaba a los cuerpos inertes de madera, los cuales, en principio y por regla general, no tienen porqué estar en movimiento.

Pasó un rato y se dio cuenta que en el Aposento reinaba un alboroto insólito, ya que todas las marionetas hablaban a la vez con sus voces características, que no eran otras que las que él les había dado a lo largo de toda su vida. Barullo y agitación de todos aquellos personajes que habían salido de su imaginación y que ahora se movían y charlaban como cotorras a su alrededor.

Sólo el Viejo permaneció quieto y en silencio. Se había acercado a Manuel y apoyaba un codo en su rodilla, mientras lo contemplaba desde la mirada distante y profunda de sus ojos de vidrio.

Las figuritas de los títeres, ya liberadas de hilos y controles, habían abierto la puerta y se esparcían por el resto del taller. La niebla de colores difundidos fue llenando el interior de la gran sala del taller donde colgaban las otras marionetas enfundadas como jamones. Y enseguida, mirando de reojo a través de la puerta, vio como algunas de ellas empezaban a moverse y a bajar del techo, ayudadas por las que se habían escapado del Aposento.

Los dos títeres comprados en los Encantes, Kalim y Kilam, eran los más animados de todos, saltaban de un lugar a otro agarrándose con las manos por las cuerdas y los ingenios que colgaban del techo, como si fueran monos en una selva.

Cargó entonces la pipa, le dio fuego con su encendedor de gasolina, e hizo una profunda calada. Miró al viejo, que permanecía siempre a su lado y finalmente dijo:

- ¡Aedo! ¿Puedes explicarme qué demonios está pasando aquí?

El origen de los orígenes.

- Tú has puesto el huevo, Manuel, con nuestra ayuda.

Así empezó a hablar el Aedo, también llamado el Poeta y el Viejo, con la voz grave que siempre le había dado cuando necesitaba sus intervenciones. Una voz que salía como encajonada de aquella garganta de madera, de una boca que se abría y se cerraba de un modo mecánico, a través de las articulaciones que su constructor le había hecho.

- Todo esto viene de lejos, de cuando las cosas no eran como hoy son, y de cuando los mundos que conocemos todavía estaban por hacer. Escucha, Manuel, escucha el relato de los orígenes y de cómo hemos llegado hasta aquí.

Hace muchos, muchos años, tantos que medirlo en años sería como querer contar las gotas del océano, en el mundo no había nada, salvo el desorden originario donde los dioses, tontos pero poderosos, creaban estrellas, mundos y constelaciones.

Los primeros mundos fueron fríos e inhóspitos, fruto de las mentes primitivas de aquellos dioses primordiales aburridos y previsibles, en los que la vida era muy difícil que naciera.

Pronto apareció una segunda generación de dioses juguetones y fantasiosos, los cuales crearon mundos bonitos y llenos de comodidades, ya que se ponían en el lugar de las criaturas que habían creado, con ánimos de disfrutar de sus inventos y maravillas.

Un tercer grupo de dioses, que compartían a la vez las características aberrantes de los primeros y las juguetonas de los segundos, crearon mundos contradictorios y complicados, los cuales se dividían siempre en dos, separando la noche del día, el negro del blanco, el frío del calor, la luz de la oscuridad...

Estos dioses rodearon a las recién creadas criaturas de todo tipo de seres, algunos amables y otros peligrosos y antipáticos. Uno de estos seres era la Muerte, que se presentaba irremediabilmente a las criaturas vivas para llevárselas y dejarlas sin vida, tirándolas como quien dice a la basura.

Era imposible escapar a la Muerte, así lo habían decidido aquellos dioses crueles que lo hacían todo contradictorio y partido por la mitad. Y así como a la pálida luna le sucede la luz solar, a la oscuridad de la Muerte le sucedía el brillo de la vida.

Las cosas, sin embargo, no siempre salen como uno lo desea, y los mismos dioses tienen sorpresas y contratiempos. Un día, en los mismos inicios de la creación, unos

dioses más juguetones de la cuenta, pusieron un huevo. Era una apuesta arriesgada, ya que cuando se pone un huevo, nunca se sabe lo que puede salir. Y es así como de aquel huevo primigenio nació una raza especial de criaturas, llamativa como pocas, que se diferenciaba de las hasta entonces existentes por el extraordinario uso que hacían de la mente.

Las formas de estos seres las modelaba su imaginación, de manera que cada una tenía una cara diferente, ya que nunca se estaban quietas y les gustaba cambiar de gusto y de aspecto. Estas criaturas éramos nosotros, Manuel, nuestros antepasados, los títeres. Gracias a nuestra imaginación creamos los paisajes que nos eran más queridos, con profusión de otros seres de compañía. Y, para redondearlo, inventamos la manera de vencer a la muerte, desafiando de esta manera a los creadores, que se vieron con un palmo de narices ante la osadía de aquellos rebeldes salidos del huevo, y que se atrevieron a ser libres y a proclamarlo, riéndose de los mismos dioses, atrapados como estaban en sus fuerzas imponentes.

Y es así como los dioses, enfadados como nunca antes lo estuvieron, castigaron a aquella raza de seres libres y desobedientes.

Agarrándonos con sus manos poderosas, nos pusieron guantes, hilos y varillas, de manera que a partir de aquel momento, sólo nos podríamos mover manipulados por otros.

Pero los dioses son demasiado perezosos para entretenerse a mover criaturas con hilos. Se inventaron para ello una raza de esclavos que llamaron titiriteros, encargados de mover a los antiguos rebeldes con sus guantes, hilos y varillas.

Fuimos entonces condenados a vivir encerrados en unas cajas cuadradas que se llamaron retablos, a merced del capricho y la voluntad de sus manipuladores, que eran los pertenecientes a esa raza de esclavos llamados titiriteros encargados de mover nuestros guantes, hilos y varillas.

Enseguida se vio, sin embargo, que aquella raza de esclavos, como la de los ratones, era insaciable y se reproducía con mucha rapidez. Tanto y tanto se multiplicaron que al poco tiempo se olvidaron de nosotros, los títeres por los que habían sido creados. Tomaron el nombre de humanos y su conjunto constituyó la Humanidad, la cual pobló los mundos llenándolos de ciudades que eran los hormigueros adonde vivían. Y robándonos los mundos de fantasía que habíamos inventado con nuestra imaginación, crearon las culturas y las civilizaciones, esquemáticas y simplificadas, así como verdades únicas, por lo que siempre estaban en guerra, ya que todos tenían la razón y la defendían hasta la muerte.

Se olvidaron así de nosotros, los títeres, convencidos de que eran libres y que podían ser como los dioses. Pero no lograron vencer a la Muerte, por lo que morían como moscas, ya que todo lo que nace, por narices, tarde o temprano tiene que morir. Pero en su delirio de grandeza, se olvidan de ella, convencidos de que la vida nunca se acaba.

Los títeres, en un comienzo, intentamos explicar nuestros trucos y secretos, pero no nos hicieron ningún caso. Nos encerraron bajo candado en sus retablos y nos obligaron a repetir siempre las mismas funciones, idénticas y aburridas. Ni los propios títeres se acordaban de las viejas historias, de cuando éramos libres y disfrutábamos del poder de la imaginación.

La Gran Huída.

Escuchaba estupefacto Manuel las palabras del Aedo. ¿Pero qué diablos decía aquel trozo de madera que hablaba con su propia voz a través de la boca articulada, mientras lo miraba fijamente desde sus ojos de vidrio?

Utilizaba la voz que él mismo le había dado, profunda y distante, y tenía la sensación de estar escuchándose a sí mismo. ¿Se lo estaría inventando todo él solito haciendo hablar a la marioneta? Pero la verdad es que era el muñeco quien hablaba, con una voz que aun siendo la suya, llegaba de muy lejos, de unas abismales distancias que iban más allá de la madera y del Aposento.

La razón le decía que lo mejor era echar a correr antes de ser comido por aquella lógica que decía que los títeres hablan, saltan y se mueven como monos. Pero permaneció en el Aposento, clavado en la silla. ¿Para qué huir? Aquel era su mundo, y los títeres, sus criaturas. ¿Qué tenía que temer? ¿Volverse loco? Hacía tiempo que sospechaba que algo chiflado ya lo estaba. Por otra parte, ¿qué sentido tenía negar la realidad? No estaba soñando y el Aedo seguía frente a él, esperando que le invitara a hablar, después de haber callado al ver la cara de Manuel.

- ¿Y qué pasó entonces?

No podía sonreír la marioneta porque la articulación de la boca no lo permitía, pero le pareció que sí lo hacía al oír su pregunta.

- La situación se volvió tan insufrible, que aquellos títeres atrapados en los viles retablos de los humanos decidieron escapar. Huyeron a las estrellas de las que habíamos venido, y aún más lejos, instalándonos a escondidas en planetas de otras galaxias, donde ni los dioses ni los humanos podrían restringir nuestra libertad. Fue la Gran Fuga, cuando abandonamos los mundos creados por los dioses contradictorios y por los humanos que se creían más sabios que los mismos dioses. Al otro lado del Universo, libres de nuestros cuerpos de madera, pudimos desprendernos de los guantes, hilos y varillas.

Allí hemos vivido durante millones de años, felices después de haber olvidado a los humanos y sus tristes historias de guerras fratricidas. Pero los millones de años no han servido para borrar una verdad incontestable, y es que nuestra suerte estaba ligada tanto a los dioses que nos habían creado como a los humanos hechos para servirnos. La libertad que gozábamos era un espejismo y tarde o temprano tendríamos que regresar.

Fue muy difícil tomar la decisión, pero al fin se impuso aquella necesidad profunda. Y gracias a los poderes de nuestra imaginación, pudimos instalarnos de nuevo en este sistema solar donde reina el Sol que todos conocemos.

Habíamos vuelto, sí, pero no podíamos pisar el suelo de la Tierra. El viejo planeta nos cerraba las puertas. Aquí, los títeres sólo podíamos estar si se cumplían las viejas condiciones.

Es así como algunos de los que habíamos vuelto tras cruzar los espacios y las galaxias, nos metimos en los cuerpos de lo que había quedado de los antiguos títeres de antaño: estos seres de madera, ropa y cartón con los que los actuales titiriteros ejercéis vuestra profesión. Por mucho que nos ofendiera, no nos quedaba otro remedio. Pero teníamos un plan...

Sam.

Hizo una pausa el Aedo al ver la cara de pasmo de Manuel, que no se había perdido una palabra, abducido por aquel relato que le hablaba de mundos lejanos, secretos y desconocidos.

Encendió la pipa, que se había apagado después de fumar todas las palabras que había escuchado, ya que para él ese aparato de quemar tabaco y hacer humo era una especie de segundo cerebro que consumía todo lo que pasaba por su entendimiento. Aquella historia sin pies ni cabeza lo tenía agarrado por el pescuezo, atrapado por unas significaciones que no entendía pero que le removían los fundamentos más íntimos de su persona.

- ¿Y el huevo?

Se hizo un silencio.

En ese momento se acercaron Kalim y Kilam, los dos títeres que saltaban como dos monos agarrándose con las manos. Reían por los codos, excitados por no se sabía qué, y se acercaron a las manos de Manuel, como si quisieran que los calzara. El Poeta les hizo un gesto con la cabeza, y los dos pequeños títeres de rostros retorcidos escaparon subiendo por cuerdas y poleas.

- ¿Conoces a estos dos diablos?

- Kalim y Kilam. Es una larga historia la suya. Ellos fueron los primeros en regresar al planeta. ¿Quieres que te lo cuente?

No contestó pero sabía Manuel que se moría de ganas de escuchar su historia. Siempre le habían intrigado aquellos dos títeres, de los que era imposible adivinar la procedencia, fascinado por sus rasgos vigorosos que si algo recordaban eran las poderosas tradiciones rusas y centroeuropeas, de rostros marcados por la locura y la tragedia. Cargó la pipa Manuel y el Poeta empezó a hablar.

Hubo una vez un humano llamado Sam. Había nacido en el seno de una familia normal y se ganaba la vida como una persona cualquiera. Vivía en una ciudad moderna, como tantas hay en el mundo, y las cosas parecían ir la mar de bien. Disponía de un trabajo que no le gustaba, como todo el mundo: tenía un coche, vivía en un piso y miraba la televisión. Algo, sin embargo, no funcionaba. Aquella normalidad le deprimía. Sentía un vacío crecer en su interior. Le llenaba el alma y le sacaba el ansia de vivir.

A Sam le cayó un día el mundo encima. Nada le interesaba y la vida no tenía sentido alguno. Poco a poco dejó de ir al trabajo, empezó a beber y se olvidó de ir al supermercado. Se pasaba los días mirando la televisión y bebiendo cerveza, hasta que le cortaron la luz y lo sacaron del piso, porque hacía tiempo que no pagaba las facturas.

Pronto se encontró en la calle, sin deseos de vivir y sin saber adónde ir. Se puso a caminar por las calles de la ciudad y luego por las carreteras y los campos que la rodeaban. Entró por zonas abandonadas y peligrosas, ya que no tenía conciencia de nada y pensaba que morir sería lo mejor. Exhausto y con ganas de acabar de una vez, se metió donde seguro no podría salir: una tumba, el lugar donde los humanos entierran a sus muertos. Pensaba que allí la Muerte tendría que encontrarlo sí o sí. Todo hacía creer que tenía razón. Y sin embargo, no siempre las cosas ocurren como uno se espera....

Tirado en la tumba como un muerto aún vivo que aspira a serlo, sintió unos pasos que se acercaban. El miedo no le afectaba, ahora que había decidido terminar de una vez. Ya podía venir la misma muerte en persona, que él se quedaría allí esperándola. Los pasos cada vez estaban más cerca y al fin la vio. Una figura repulsiva que arrastraba una capa de color ceniza que cubría un esqueleto. Era la Muerte, claro, que venía a buscarlo. Sintió que lo llamaba, ¡Sam, le decía, ha llegado la hora! Bien lo sabía él, que había llegado la hora. La teatralidad de la situación le hizo reír, lo que no gustó nada a la Señora. Pero al comprender que la cosa iba de verdad, sacó sus últimas fuerzas para decir:

- ¡Estoy preparado, vamos!

La Muerte se acercó más. Sentía su aliento, un hedor a cerrado, procedente de cavernas profundas desprovistas de ventilación, cuando de repente oyó un 'cloc'. Un bastón le había dado con toda su fuerza en la cabeza redonda de la Señora. Esta se detuvo en seco. Un segundo golpe le acertó de lleno y casi le pareció a Sam oír un crujido, algo impensable, ya que de por sí la Muerte es inmortal y debe ser inmune a los accidentes.

Y entonces lo vio. Un rostro distorsionado, ridículo y retorcido, el de un viejo de cara de madera que sin embargo parecía moverse con una agilidad pasmosa, con un garrote entre sus brazos con el que daba estopa a la pobre señora de la capa sucia y el cuerpo de esqueleto.

- ¡Fuera, fuera de aquí, vieja asquerosa, vete!

Con gritos desgarradores y a golpes de bastón, la aparición consiguió que la Muerte, soplando como una serpiente, se fuera. Sam se quedó aterrorizado. ¡Estoy soñando!,

se dijo. Pero el golpe que recibió en la cabeza no fue ninguna ilusión. ¡Aquel espantajo lo estaba aporreando! Pocas fuerzas le quedaban al desahuciado humano como para resistir aquel ataque. Perdió el sentido en un santiamén.

No había tiempo que perder. Sabía la esperpéntica aparición que la Muerte no tardaría en regresar, y que aquel humano estaba más en el otro barrio que en éste. Sacó de sus bolsillos dos trapos sucios, una especie de guantes largos que tenían una cabeza en su extremo, y los calzó en las manos de Sam. Con una aguja horriblemente gorda atada a un hilo de estos de zapatero, cosió los guantes a la carne del pobre moribundo, quien no sentía nada, aturdido como estaba por la somanta recibida. Una vez terminada la truculenta operación, levantó los dos guantes que le había puesto. Dos títeres sangrientos emergían de los extremos de los dos brazos del pobre Sam. La aparición emitió un grito que resonó por la tumba como procedente de otro mundo. Y en el acto, los dos títeres despertaron. El viejo del bastón los sacudió todavía un rato, y no después de someterlos a un baño de gritos y de tacos horripilantes, desapareció tragado por la oscuridad de la tumba.

Kalim y Kilam.

- Kalim y Kilam!

Así se exclamó Manuel al oír aquella historia que le había puesto la piel de gallina.

- ¡Lo sabías, Manuel, estaba seguro de que lo sabías! Estos dos títeres que compraste en los Encantes son los mismos que un día tomaron vida en las manos de aquel deshauciado mortal.

- ¿Y quién era el de la porra?

- Uno de los títeres más viejos del universo. Él se sacrificó para reiniciar el antiguo contacto con los humanos. Después de aquella gesta heroica, desapareció para siempre, convertido en polvo de estrellas, ya que su naturaleza mágica no pudo resistir más tiempo en la superficie de la Tierra.

- ¿Y qué pasó con Kalim y Kilam?

Estos, al oír su nombre, se acercaron con curiosidad pero distantes, como si temieran las palabras del Poeta, al que guardaban temeroso respeto.

- Esta es una historia que pocos titiriteros conocen y que, sin embargo, se encuentra en el origen de muchas de las cosas que hoy pasan en el mundo.

Comprendió Manuel que el agujero surgido del huevo había convertido el Aposento en teatrillo donde desfilaba la historia entera del mundo, tal vez no la de los humanos, pero sí la de los títeres que en aquel momento saltaban enloquecidos por el taller, quiénes, al oír las palabras del Aedo, empezaron a callarse y se acercaron, como si ellos también quisieran asistir a alguna función que aquellos dos títeres de guante, Kalim y Kilam, iban a representar con la ayuda del Poeta.

El titiritero a la fuerza.

Sam permanecía aturdido en la tumba, mientras los dos títeres cosidos en sus manos comenzaron a cobrar vida. Hay que decir que tenían un aspecto muy rústico, con vestidos sucios y andrajosos, y aunque se percibía que uno era masculino y el otro femenino, en realidad ambos papeles eran intercambiables. Se movían despacio, agarrados al cuerpo de Sam, que permanecía aletargado aún por el golpe recibido. Cada vez más animados, le agarran la cara, la giran, buscan despertarlo. Hasta que ambos se encuentran, se huelen, se miran, se tocan, y de repente uno empieza a hablar.

- Kalim?

- Kilam?

- Kalim?

-

KALIM - ¿Dónde estamos?

KILAM - Yo diría que en una tumba...

Kalima - ¿Una tumba? Ay, ay, ay... ¿Qué significa esto? ¿Estamos muertos?....

KILAM - No seas tonto, aquí quién está más muerto que vivo es éste....

KALIM - ¿Estará durmiendo?

KILAM - Está aturdido.

KALIM - ¡Pues si que vamos bien! ...

KILAM - Y si no espabilamos, este pájaro nos entierra vivos.... ¡Eh, tú, despierta!...

KALIM - Despierta, despierta...

(Pero Sam no despierta)

KILAM - Nada que hacer. ¿De dónde habrá salido?

KILAM - ¡Mira que nacer en una tumba!

KILAM - ¡Peor sería si estuviera muerto!

KALIM - ¡Nacer en las manos de un muerto...! ¡Qué horror, Kilam!

KILAM - Pero parece que aún respira, tenemos que hacer algo para que salga de aquí.
¡Le soplaré en los oídos!

(Lo hace)

KALIM - Le meto el dedo en la nariz....

(Sam reacciona ligeramente)

KILAM - No hay manera. Ábrele la boca.

KALIM - ¡Sí, y le tiramos de la lengua!

KILAM - ¡Qué buena idea!

KALIM - ¿Y si le hacemos cosquillas?

KILAM - Dudo que sirva para nada...

(Lo intentan)

KALIM - Está más muerto que vivo... Pero respira...

KILAM - Lo que es peor, no tiene ganas de vivir.

KALIM - ¿Qué podemos hacer, Kilam?....

KILAM - Si tuviera una estaca, le daría palos, a ver si reacciona.

Kalima - Sí, sí un garrote, un garrote.... ¿Donde hay un garrote?...

KILAM - No tenemos ninguno, así que nos tendremos que inventar algo. ¡Ya lo sé! ...

KALIM - ¿Qué has pensado?

KILAM - Le diremos que es un cobarde, un llorón y un infeliz. No hay nada que moleste más a nuestros servidores que decirles la verdad. Ya verás cómo reacciona...

KALIM - ¿Y eso cómo lo sabes, tú?

KILAM - Kalim, a veces pareces tonto. Hay cosas que se saben de memoria, porque sí, anda, hazme caso.... ¡Cobarde!

KALIM - ¡Gallina!

KILAM - ¡Llorón!

KALIM - ¡Infeliz!

(Se lo chillan al oído, y Sam despierta poco a poco, abre los ojos y empieza a moverse)

KILAM - ¿No te da vergüenza quedarte así, sin fuerzas, es que te has rendido?

KALIM - ¡Cobarde, gallina, capitán de la sardina!

KILAM - ¡Levántate y anda, sal de esa oscuridad! Sinvergüenza!

KALIM I KILAM (juntos)- ¡Imbécil, tontorrón, memo, insensato, majadero, pasmarote,....!

(Sam se enfada, intenta pegar a los títeres, pero no puede, ya que estos se han apropiado de sus manos....)

KILAM - Ja, ja, ja,... ¡nos quiere pegar!.... Ja, ja, ja... Vamos, simplón, salgamos de aquí y verás lo que es bueno...

(Sam sale de la tumba)

SAM - ¿Os queréis callar de una vez?

KALIM - Ja, ja, ja... Está loco, nos da órdenes...

KILAM - No sabe lo que se dice...

SAM - ¿Pero quiénes sois vosotros? ¡Fuera, fuera de aquí, fuera de mis manos...!

(Intenta sacar los títeres en vano)

KILAM - Ja, ja, ja,... nos quiere echar... ¡Como si mandase sobre nosotros!...

KALIM - Ja, ja, ja,... ¡Será tonto! ... ¡Eres un memo, tontorrón!

KILAM - ¡Nosotros somos los que mandamos! ¿Lo comprendes? ¡Toma!

(Le propina un bofetón. Kalim lo imita)

KALIM - ¡Toma, toma y toma!

SAM - ¿Pero qué es esto... porque me pegáis?...

KILAM - Para que comprendas que eres tú quien debe obedecer. ¡Toma y toma!

(Le pegan, hasta que lo obligan a sentarse en el suelo.)

KILAM - ¿Lo oyes, cabezón? ¡Nosotros somos los que mandamos! Y ahora, anda, ¡a caminar!....

SAM - No comprendo nada....

KILAM - ¿Qué quieres comprender? Aquí no hay nada que comprender. Tienes que hacer lo que queremos.

KALIM - ¡Anda, a trabajar, holgazán!

(Suenan una música que no se sabe de donde viene y los dos títeres se ponen a cantar)

CANCIÓN - Somos los dos títeres calabazas,
somos los dos reyes del ingenio,
Kalim y Kilam, los primigenios,
nacidos en las manos de un bocazas.
¡Arriba el pico,
a marcar el paso
abajo el pie,
como un pelele raso!
Venimos del norte
venimos del sur,
venimos del este,
venimos del oeste,
pero eso poco importa:
somos y seremos
los reyes del ingenio!
¡Arriba la nariz,
a marcar el paso
abajo el pie,
como un pelele raso!
Es de madera nuestra carne,
raíz de sueño y libertad,
es de vida nuestra sangre,
profundo aliento de antigüedad.
¡Arriba el pico,
a marcar el paso
abajo el pie,
como un pelele raso!
Somos los dos títeres calabazas,
somos los dos reyes del ingenio,
Kalim y kilam, los primigenios,

nacidos en las manos de un bocazas.

Tururut, tuturut!

*Qui gemega ja ha rebut!*³

(Sam se para, agotado)

SAM - ¡Basta, basta... no puedo más!....

KALIM - ¿Ya estás cansado?

SAM - Tengo sed y hambre... No aguanto más...

KILAM - Necesita alimento. Le daremos de comer.

KALIM - ¿Nosotros?... Qué asco...

KILAM - ¿Quién sino? Lo tenemos que cuidar...

KALIM - Qué desgracia... convertidos en tatas de nuestro titiritero...

(Le dan de comer. Después de beber. Cae dormido Sam.)

KALIM - Y ahora, ¿qué hacemos?

KILAM - Lo dejamos dormir. Necesita descansar.

KALIM - ¡Me aburro!

KILAM - No tardaremos mucho en divertirnos.

KALIM. Me muero de ganas. ¿Cuándo estará listo?

KILAM - Con cinco minutos bastará. (Ponen un despertador, que suena enseguida)

KALIM - ¡Ya han pasado los cinco minutos! Eh, tú, a despertar!....

KILAM - ¡Despierta, despierta, y ahora, a trabajar!....

(Suena una música mientras construyen su espacio, el teatrillo donde viven sus aventuras)

³ Estrubillo de la Danza del Tururut, con la que acababan y empezaban todas las representaciones de títeres tradicionales en Cataluña.

La función de títeres.

Sabía Manuel que en el Aposento no había ningún Sam ni ninguna tumba, pero también sabía que toda aquella escena había ocurrido, lo que explicaba la atención de las demás marionetas, excitadas mientras seguían la función. Aplaudían de vez en cuando y no se perdían una palabra, y cuando los dos títeres cantaban sus canciones, los demás daban palmas y se sumaban a la música como si se la supieran de memoria. Al ser todos de madera, los aplausos y las risas sonaban como una orquesta desafinada de castañuelas.

La acción se había parado con los aplausos, y una de las marionetas, un Perico de ojos alocados, preguntó al Aedo:

- ¿Y qué pasó entonces, abuelo de todos los abuelos?

Este se volvió y le dijo:

- Kalim y Kilam, los dos títeres nacidos en las manos de Sam, habían conseguido revivir al titiritero que los movía, y con ello decidieron construir un mundo adecuado a sus necesidades.

- ¿Pero como lo pueden hacer con el poco empuje que tiene Sam?, le preguntó Manuel, metido de lleno en la historia.

- Ya he dicho antes que los títeres, en su estado primigenio, tienen una imaginación extraordinaria, que ningún otro ser vivo hasta ahora ha igualado. Y la imaginación, cuando aparece de verdad, tiene más fuerza que cualquier otra cosa en este mundo.

- Pero Kalim y Kilam son muy pequeños... como pueden tener tanta fuerza...

Así se expresó una marioneta bailarina que como todas las demás se había quitado los hilos de encima.

- Nosotros, las marionetas de hilo, siempre hemos mirado a nuestros compañeros de guante con desprecio, porque pensamos que somos superiores por el hecho de movernos con hilos, como si así escapáramos a la acción de la gravedad. Pero aún siendo eso en parte verdad, no puedes imaginar la fuerza y la energía que tienen estos títeres, sobre todo porque la extraen de la oculta que esconden sus manipuladores, los cuales ignoran esta fuerza, de la que no tienen ninguna idea. Kalim y Kilam tienen la suficiente para ir tirando, pero tarde o temprano deberán encontrar el secreto de su

vitalidad. Esta es su misión. Si la encuentran están salvados. Pero si no la encuentran, todo habrá acabado...

- ¿Qué quieres decir, abuelo de todos los abuelos? ¿Que acabarán por morir y seguir así los deseos de este bobo de Sam?...

- Eso es, en efecto, lo que quiero decir.

- ¿Y como lo encontrarán? Si ni siquiera saben lo que están buscando....

- Lo saben, nosotros mismos se lo acabamos de decir, ¿no te das cuenta?...

Miran todos a Kalim y Kilam, que se habían detenido para escuchar la conversación de sus espectadores, y al darse cuenta de que la función debía continuar, se ponen ambos en acción, y todos pudieron ver de nuevo al pobre Sam con los dos títeres cosidos en los brazos.

El Cíclope.

KALIM - ¿Qué ves allí delante, Kilam?

KILAM - Una montaña de formas extrañas, puntiagudas y peligrosas de escalar...

KALIM - Las mismas que veo yo, que deberán ser cruzadas para alcanzar la otra esquina de estas tierras salvajes...

KILAM - Y vencer a los monstruos que allí habitan...

KALIM - Pesados y horrorosos como todos los monstruos de este mundo...

(Y mientras dicen estas palabras, Manuel y todos los presentes ven como las montañas de las que hablan se levantan, bien moldeadas por los dos títeres y el pobre Sam)

KILAM - Aquí está el bosque que unos dicen encantado...

(Aparece el bosque, mientras ellos van poniendo los árboles)

KALIM - El bosque que esconde tantas historias como árboles contiene...

KILAM - ¿Y es aquí donde vive el gran Dragón que lo sabe todo?

Kalima - Sin duda, al que se debe responder con las respuestas adecuadas....

(Y justo en ese momento, les ataca un dragón imponente de los que sacan fuego por la boca. Sam debe cerrar los ojos ante aquella arremetida inesperada, pero ya Kalim y Kilam se han armado de dos bastones, y se inicia una persecución por entre el paisaje de los decorados de las montañas, hasta que, después de marear al mágico ser, consiguen meterle uno de los bastones en la boca, momento que aprovechan para zurrarlo y lanzarlo a los abismos de donde ha salido.)

(El público de títeres y el mismo Manuel aplauden excitados. Entonces, una serpiente que se había escondido asustada por las llamaradas del Dragón, se asoma y se dirige a los dos títeres)

SERPIENTE - Gracias, amigos, ¿cómo os puedo devolver el favor que me habéis hecho al salvarme de este monstruo?

KALIM - Buscamos al gran Dragón sabio que sabe dónde se esconde el Cíclope de un solo ojo...

SERPIENTE - ¿El padre de esta quimera? ¿Estáis locos? ¡Correis un peligro inmenso! ¡Si no contestáis sus preguntas como él quiere, os comerá como si fuerais dos bomboncillos!

KILAM - ¡Lo sabemos y nos la rechinfla!

SERPIENTE - Veo que sois valientes, pero si queréis encontrar al dragón, antes debéis conocer la palabra mágica.

KALIM - ¿Una palabra mágica? ... ¡Ah, eso aún me gusta más! ¿Cuál es...?

KILAM - Sí, sí, ¿cuál es, cuál es? (Preguntan los dos excitados)

SERPENT - ¡Morcilla! En esta cueva lo encontraréis, pero tened cuidado, ya que si os equivocáis en las respuestas, os zampará para postres....

(Desaparece la serpiente. Se quedan ante una gran cueva)

KALIM - ¿Es aquí donde vives, gran Dragón de la raza de los buenos?

(No se oye nada)

KILAM - Hemos de decir la palabra mágica: (ambos) ¡Morcilla!

(Se oye un profundo temblor, y sale un gran Dragón negro que saca fuego y humo por la nariz y las orejas)

DRAGÓN - ¿Quien viene a interrumpir la paz del gran dragón?

KALIM - Somos nosotros, oh gran dragón, queremos saber donde se encuentra el Cíclope de un solo ojo.

DRAGÓN - ¿Y para qué queréis al Cíclope?...

KILAM - Él sabe donde se encuentra el Secreto del Gran Vivo.

DRAGÓN - ¿El Gran Vivo? ¿Y para qué queréis vosotros este secreto, enterrado desde hace siglos en los más profundos avernos de este mundo?

KALIM - Somos Títeres, ¿no lo ves?, y si queremos vivir, hemos de resucitar a este pobre desgraciado (indicando el manipulador) que camina sobre dos patas y al que la muerte no deja en paz!

DRAGÓN - Nada detiene a la muerte, y aún menos dos títeres pequeños y ridículos como vosotros. Pero si quieres saber algo, tendréis que contestar a mis preguntas.

KILAM - ¡Pregunta, pregunta, que te responderemos como nos dé la gana!

DRAGÓN - ¿Habéis hecho daño alguna vez?

KALIM Y KILAM (juntos, alternando las palabras) - ¡Por supuesto! Cada día! ¡A todos hacemos bailar como a una peonza y con la estaca, damos palos a mansalva!

DRAGÓN - ¿Sois buenos y hacéis obras pías?

KALIM Y KILAM - No, qué va, no somos nada buenos, somos malos y embusteros, aplastamos ratas y hormigas, somos amigos de la guillotina, y no cesamos de decir mentiras.

DRAGÓN - ¿Habéis matado alguna vez?

KILAM Y KALIM - ¡Desde luego, no sólo a perros, gatos, toros y sardinas, sino a padres, madres y a nuestra tía!

DRAGÓN - ¡Basta, basta, veo que conocéis la ley del Gran Dragón! ¡No tengo más remedio que revelaros el secreto ansiado! ¡Pero tened cuidado, ya que los peligros que habéis pasado no son nada comparados con los que os esperan!

KILAM Y KALIM - Dinos, viejo dragón, el secreto del Cíclope.

DRAGÓN - Es fácil encontrar al Cíclope, pero para hacerlo hablar, su ojo le tenéis que robar. Lo encontraréis arriba en aquel volcán, ya que es muy friolero y busca sitios con estufa.

(El Dragón se va)

KALIM- ¿De qué volcán habla?

KILAM - Aquel que hay allá arriba, ¿no lo ves?

Kalima - Es verdad, como no lo había visto antes...

(Y como por encanto, hacen aparecer el decorado de un volcán en el teatrillo de títeres)

Tranquilo Perico, que lo miraba todo con los ojos abiertos como dos naranjas, exclamó:

- ¡Son muy valientes, abuelo! ¿Pero cómo saldrán con la suya?

- No lo sé, pero lo han de intentar. Lo peor, es que se encuentren con la Muerte y no sepan como esquivarla...

Y justo en ese momento, aparece la Muerte detrás de los dos títeres.

- Lo ves? Estaba seguro de que vendría. ¡Eh, cuidado, cuidado!

Así se exclamó el Aedo al ver a la Pálida acometer por sorpresa a Kalim y Kilam. Todo el público de títeres se suma a sus gritos

- ¡Cuidado, cuidado!...

(Pero Kalim y Kilam no ven al horrible esqueleto)

KALIM - Quizás sea hora de hacer trabajar a este grandullón, ¿no?

KILAM - Hace rato que le cuesta moverse...

KALIM - Es como si tuviera pereza, como si tuvieras ganas de acabar....

KILAM - Quizás con un buen cachiporrazo.... ¡Pero mira, Kalim!

(Ven a la Muerte)

KALIM - ¡La Vieja que nos viene a buscar! Ay, ay, ay....

(Inician una tremenda persecución. Pero la Muerte atrapa a Kalim, saca una horca y le dice que le ha llegado su hora, que ponga la cabeza en el nudo. El pobre Kalim, temblando de miedo, no acierta. Lo intenta varias veces. Harta, la Muerte le enseña cómo se hace. Y al poner la cabeza en el nudo de la horca, los dos pilluelos tiran de la cuerda, cuelgan a la Muerte y escapan a toda velocidad, mientras el público aplaude enfervorizado).

KILAM - ¡Por poco no nos pilla!

KALIM - ¡Vamos a ver al Cíclope!

(Se esconden. Sale el Cíclope del interior del volcán)

CÍCLOPE - Está oscureciendo, hum, a dormir. ¡Aquí se está calentito! Es hora de sacarme el ojo y ponerlo bajo de la cama. ¡Buenas noches!

(Esconde el ojo y se pone a roncar)

KILAM - ¡Ya lo tenemos! (Cogen el ojo)

KALIM - ¡Eh, Cíclope, ya puedes despertar, es de día!

CÍCLOPE - Eh, ¿cómo?, ¿tan rápido se ha hecho de día?,... ¿Y quién está aquí?, Mi ojo, ¡dónde está mi ojo!

KILAM - ¡Lo tenemos nosotros, viejo carcamal, y si quieres tu fanal, tienes que decirnos el Secreto del Gran Vivo!

CÍCLOPE - Malditos! (Intenta cogerlos pero no los ve) ¡Devolvedme el ojo!

KALIM - ¡El secreto a cambio del ojo!

CÍCLOPE - ¡No lo puedo decir! ¡Es un secreto muy bien guardado!

KILAM - ¡El secreto si quieres el ojo!

CÍCLOPE - Ahhhhh !!! (Rabioso ...) Os lo diré, pero no os servirá de nada, porque es una adivinanza y nadie la puede descifrar.

KALIM - ¡El secreto o la adivinanza, es igual, y te daremos el ojo!

CÍCLOPE - Si quieres el Secreto del Gran Vivo encontrar, ábrele la cabeza, métete en ella y vacíale el buche.

KILAM - ... Ábrele la cabeza, métete en ella y vacíale el buche... ¿Y eso qué significa?

CÍCLOPE - ¡El ojo!

KALIM - Te lo daremos, pero no nos fiamos de ti. ¿Como sabemos que no nos querrás atrapar y lanzarnos dentro del volcán? Pues mira, ya que te gusta tanto el calor, búscalos en su interior.

(Le echan el ojo dentro del volcán)

CÍCLOPE - ¡Ah, malditos, lo habéis echado al fondo del volcán! ¡Tardaré años en encontrarlo!

(Cíclope se mete de cabeza dentro del volcán para buscar su ojo)

KILAM - Ja, ja, ja... Con esto estará entretenido unos pocos miles de años.

KALIM - ¡Ya tenemos la adivinanza! ¡Olé, olé!

KILAM - Si, olé, olé, ¿pero qué significa?

KALIM - Ni idea, veamos... Ábrele la cabeza, métete en ella y vacíale el buche... ¿A qué se debe referir?

KILAM - El Secreto del Gran Vivo... ¿A qué vivo debemos abrirle la cabeza?

KALIM - De vivo, aquí, sólo tenemos a uno, más muerto que vivo, pero vivo a pesar de todo...

(Miran a Sam)

KILAM - ¡Pero no podemos abrirle la cabeza! Con la poca que tiene, sólo faltaría que la perdiera entera....

KALIM - Pero es lo que dice la adivinanza.

KILAM - Sí, de eso no hay duda...

KALIM - ¿Y cómo podemos abrirle la cabeza?

KILAM - Con la cachiporra, siempre lo hemos hecho así.

KALIM - Para empezar está bien. ¿Pero para vaciarle el buche...?

KILAM - Lo hacemos con una sierra, la que utilizamos para cortar maderas y construir los decorados.

KALIM - Pero antes hay que darle leña para aturdirlo...

KILAM - Sí, las cosas se hacen una detrás de otra. ¡La estaca!

KALIM - Eso. ¿Estás preparado?

KILAM - Sí, lo estoy!

KALIM - ¡Pues, a al loro, Kilam!

(Levantán la cabeza de Sam y le dan palos con la cachiporra. En vano intenta defenderse el pobre titiritero a la fuerza. Lo aturden.)

KILAM - Bueno, ya tenemos la primera parte hecha. Repasemos la adivinanza: Ábrele la cabeza, métete en ella y vacíale el buche...

KALIM - Le abrimos la cabeza. ¿Tienes la sierra?

KILAM - Aquí está.

(Le sierran el cráneo y separan la parte de arriba.)

KALIM - Hecho, ¡pero aquí no hay quien se meta!

KILAM - Está lleno de trastos..., parece la buhardilla de una abuela...

KALIM - Pues hala, a hacer espacio ¡fuera trastos!

(Van sacando objetos del interior de la cabeza de Sam: su carné de identidad, un pasaporte, una bombilla fundida, un cuchillo, una pistola, una cerveza, unos viejos sujetadores de mujer, un transistor una cajetilla de cigarrillos,...)

(El público estalla en carcajadas al ver la locura de los dos títeres)

KILAM - Ya hemos hecho un poco de limpieza. Ahora dice la adivinanza: métete en ella...

KALIM - ¡Vamos pa dentro!

KILAM - ¿Ya le hemos vaciado suficientemente el buche?

KALIM - Eso ya lo veremos cuando seamos dentro.... Anda, tú primero, Kilam...

KILAM - No, tú, Kalim...

(Uno de los dos se mete dentro, y el otro lo sigue)

El Secreto del Gran Vivo.

Estaba muy excitado Manuel en compañía de sus títeres y marionetas, convertidos en el público de aquel teatro inverosímil que tenía lugar en el Aposento, donde los dos títeres Kalim y Kilam acababan de serrar la cabeza del pobre titiritero y se habían colado en su interior.

- ¡Pero eso es un disparate!

Así estalló Manuel, aunque tenía que reconocer que se lo estaba pasando pipa, ante la acción tan enloquecida de aquel par de títeres que había comprado en los Encantes.

El Aedo, que no perdía de vista al viejo titiritero, dijo:

- Estos dos pioneros del espíritu, pues así es como debemos considerarlos, lograron aquello por lo que habían sido enviados a la Tierra. Una empresa casi imposible, y gracias a su gran imaginación, pudieron superar todos los peligros.

- ¿Pero cuál era el objetivo? ¿Qué buscaban en el interior del titiritero?

- Dejemos que nos lo acaben de explicar Kalim y Kilam...

Vieron entonces como la escena se transformaba por completo. Allí donde antes estaba el retablo que se iba transformando en los diferentes decorados de la historia, ahora vieron de repente una gran tela iluminada por detrás y en la que se insinuaban formas y figuras que no podía ser otra cosa que el interior del cuerpo o del alma del pobre Sam. Así lo dedujo Manuel al ver las siluetas de los dos títeres, Kalim y Kilam, que se paseaban por entre las sombras de aquel espacio fantasmagórico, perdidos en unos interiores de los que no sabían nada y que hablaban de las profundidades de aquel humano caído en desgracia y resucitado como titiritero.

Las dos sombras subieron en una especie de barca de Caronte, ya que el remero recordaba la conocida silueta del conductor mitológico de los muertos, aunque del significado de aquella barca no supieran nada. Sonaba una música apagada hecha de retazos de sueños y recuerdos, que se confundían y mezclaban en una sopa sonora de canciones y melodías diezmadas por el tiempo. Cruzaron por espacios complicados y peligrosos, donde irrumpían figuras de monstruos, de demonios con sus tridentes, de arquitecturas espantosas, pero donde también estaban las figuras de los dioses antiguos, los que han acompañado siempre a los humanos a lo largo de su existencia.

Se adentraban por unas entrañas arquetípicas de gran profundidad que conectaban con los fuegos interiores de la tierra, allí donde Vulcano forja armas, hierros y bronce, y donde Plutón guarda sus tesoros. Vieron como Kalim y Kilam iban penetrando en estos abismos mitológicos, mientras por las esquinas emergían figuras de dioses con cabezas de animales, templos remotos de la antigüedad y otras presencias indefinibles que hablaban de unos orígenes aún más arcaicos y primigenios.

Llegaron a un fondo insondable de oscuridades milenarias. Y de repente, estalló un grito feroz, inhumano, un grito que emergió de un chorro de energía que rompió la visión de aquellas sombras fantasmagóricas donde hasta entonces se habían movido Kalim y Kilam. Y la figura de un Sam pletórico de vida, los dos brazos alzados con ambos títeres en las manos, salió de las telas rasgadas gritando con aquella nueva voz que le había brotado de la nada, la que los dos títeres habían encontrado en su interior recóndito, el Secreto del Gran Vivo, como lo habían denominado. Vieron la figura del titiritero transfigurada, poseída de una luz interior, exultante en su grito de triunfo.

Y después de contemplar la figura vitalizada del titiritero resucitado, toda la escena desapareció de golpe y los dos títeres Kalim y Kilam regresaron a su tamaño real en el interior del Aposento, mientras las demás marionetas, el Aedo y el mismo Manuel estallaban en aplausos, enardecidos ellos también por el grito frenético con el que había terminado la función.

El Aposento.

El Poeta hizo un gesto imperceptible con la cabeza y todos los títeres que se habían reunido en el Aposento se esfumaron por el taller. Sólo los dos pequeños héroes de la historia permanecieron en un rincón, encima de la urna donde habían vivido los últimos años, inmóviles con sus rostros de facciones desencajadas.

Pensó Manuel que debería estar en estado de shock, tras el despropósito de los hechos vividos y la incapacidad de comprender nada. Y sin embargo, no lo estaba, incluso todo lo contrario, se sentía eufórico y una curiosa clarividencia lo poseía, como si el hecho de que unos muñecos de madera se pusieran a hablar, a pensar y a transformar el espacio con imágenes que salían de la nada, fuera una realidad tan lógica como el huevo y todo lo que su aparición había precipitado.

Y supo Manuel que allí en el Aposento habían ocurrido unos misterios difíciles de explicar pero que tenían una razón de ser clara, una de esas razones que se entienden sin entender, que es una de las maneras que tenemos los humanos de entender las cosas, con la mayor de las tranquilidades y sin entender ni una jota.

Sobre la cuestión de quién había puesto el huevo, no tenía dudas al respecto: lo había puesto él y lo habían puesto los títeres, en uno de estos cruces que ocurren a veces, pocas, eso sí, en los que determinadas densidades acaban por cuajar y precipitarse mutuamente, como ciertos gases que al encontrarse crean sustancias nuevas, sólo que aquí la sustancia creada tenía la forma de un huevo. Pensó Manuel que era normal aquella irrupción del huevo, cuando hacía tanto tiempo que se movía entre las inacostumbradas ficciones de los títeres, al ser estos los escenarios naturales donde nacen y viven estos seres diabólicos, con unos orígenes que sólo tenían explicación si se sitúan en sus paisajes, cargados de misterios y sorpresas.

Desde siempre sospechó Manuel que aquella aventura con los títeres emprendida hacía tantos años, tenía puntos y apartes, momentos clave de cambio que daban sentido a la sucesión de los acontecimientos, a las décadas ininterrumpidas de trabajo en el taller donde realidad y ficción se confundían, y del que el Aposento era su centro neurálgico. Tal vez el mismo Aposento había puesto el huevo, al ser aquella habitación una especie de alma suya, poblada por todos los personajes que habían nacido de su imaginación.

Otra certeza fue saber que a partir de ese momento, debería bastarse solo. Quizás aquella era la significación profunda del huevo. Sentía que todo esto de los títeres había quedado atrás y que el huevo era un imperativo y un punto y aparte, una especie de mandato que venía de su propia persona: un imperativo que tenía que ver

con esta capacidad de imaginar y de crear que le habían enseñado los títeres, llegados de mundos lejanos según decían. El huevo había dejado un agujero que conectaba la Tierra con estos mundos, un agujero delgado como una aguja, que de hecho había desaparecido al romperse la cáscara, pero que permanecía invisible y activo, como él sabía muy bien con una seguridad absoluta.

Miró hacia arriba y vio más allá del techo del Aposento. Su mirada subía en unas verticales que eran unas líneas de fuerza que se movían inciertas, esperando la mano que las situara en una dirección u otra. Allí donde ponía el ojo, nacían líneas de este tipo, rectas pero con ganas de curvarse hacia donde quisiera.

Mareado y asustado por aquella visión, se dio cuenta que el Aedo lo contemplaba impertérrito, con sus ojos de vidrio de una profundidad insondable.

- Se acabó, Manuel. Lo has entendido todo muy bien. Sepas que aunque desaparezcamos, nos tendrás a tu lado. No nos podemos escapar. Tus puntos de fuga son nuestros lugares de encuentro. Lo que importa es la mirada. Nosotros vivimos en la tuya y sólo en tí nos encontraremos. Ahora somos libres, pero dependemos de tu capacidad de levantar andamios. Por eso te hemos ayudado a poner el huevo.

- ¿Y Sam?

- Fue un intento fallido. Imposible aguantar aquella energía que Kalim y Kilam le habían despertado. Tenemos que ser más cautos, no nos podemos saltar las leyes terráneas de la generación tan a la torera, Manuel.

- ¿Pero cuál era el Secreto del Gran Vivo?

- Debes saber, Manuel, que todos los humanos, a pesar de la degeneración de la que sois objeto, guardáis en las profundidades de vuestro ser el recuerdo de aquellos primeros títeres para los que habíais sido creados, dotados de unas energías primigenias, capaces de convertir en realidad la imaginación y de vencer a la Muerte. Kalim y Kilam encontraron el recuerdo de aquellos primeros títeres. Pero Sam no era la persona adecuada. Tanta fuerza lo mató.

Manuel encendió la pipa y el Aedo, seguido de Kalim y Kilam, salió del Aposento, vacío ahora de marionetas.